

Víctor Hernández Bautista

# *Truenos de viento*



¡Paq-raq!, ¡paq-raq!, ¡borr!, ¡borr!, se aproximaba el desorden de pasos y rebuznos en medio de la oscuridad. Eran los compañeros de la fuerza de base de "Ácora" que el compañero Héctor me había advertido que llegarían. Tenían que ser ellos. Pero no era cuestión de confiarse y recibirlos sin verificar. La seguridad del batallón estaba en mis manos y debía cerciorarme de que los llegantes eran de verdad los fuerza de bases. ¿Qué tal los paq-raq eran tropiezos de botas de cachacos contra las piedras del camino? ¿Qué tal esos fulanos venían en plan de sorprenderme? Por eso me puse alerta. Al cálculo orienté el cañón de mi AKM hacia los pasos y les hice el alto.

—¿Quién viene por ahí? pregunté. Mi voz se perdió en la oscuridad como el eco dentro de un cántaro.

Para mi sorpresa, los pasos se pararon en seco (¡qué burros tan disciplinados!) y la noche se quedó muy quieta. Ni las ramas del viejo eucalipto que alzaba sus brazos en medio del canchón se movían. Nadie respondió. Caray, pensé, de repente los compañeros no entienden castellano.

—¿Quiénes se han parado ahí? insistí, esta vez en quechua. Pero tampoco respondió nadie. Ni nadie se movió.

Entonces, bajé el seguro de mi arma, coloqué mi dedo en el gatillo y lancé el grito.

—¡Quienes sean ustedes, me responden o les meto bala!

Y de verdad hubiera soltado el tiro si en ese momento no hubiese sentido, un poco lejos todavía, unos resoplidos y unos arreos que se acercaban a la desesperada. A simple oído eran los compañeros de la fuerza de base, pero ya estaba medio zozobrada y no podía confiarme. Por eso grité de nuevo para que se identifiquen.

—¡Somos nosotros, compañera, estamos llegando con las tunas para los compañeros! —respondió en quechua una voz medio asustada.

—¿Quiénes nosotros? —volví a gritar. Y para abreviar les exigí la contraseña.

Pero en vez de decirme la contraseña los hombres comenzaron a disculparse.

—¡Compañera, en nuestra cabeza traíamos la contraseña. Nuestro comisario de seguridad nos hizo aprender de memoria y nos hizo repetir

varias veces todavía, así van a responder cuando los compañeros de "Sorata" les hagan el alto, diciendo. Pero ahorita que hemos demorado por arreglarle la carga a la burra ésta y tu voz nos ha metido los nervios, se nos ha borrado de la cabeza!

—¡Discúlpanos pues compañera!

Me vi en un gran aprieto. El modo de hablar y la altura de voz eran de los fuerza de bases. Lo de los nervios podía comprenderse también. De pronto a una la sorprenden y la cabeza se le queda en blanco. Pero no podía confiarme. Varias desgracias habían ocurrido ya por falla de la vigilancia. ¿Qué tal el enemigo había emboscado a los compañeros fuerza de bases y ahora trataba de engañarme? Para mi suerte, recordé que unos días atrás había asistido a una asamblea popular en el comité de "Ácora", así que a cambio de la contraseña les pedí que me refieran lo que se habló en la asamblea.

—¡Eso sí recordamos, compañera, cómo no! —me contestaron a la gana-gana, muy alegrosos—; ¡de guerra de movimientos, pues, nos explicó el mismo compañero Alcides, de los nuevos deberes que tenemos los comités populares, y de la nueva campaña que vamos a empezar...!

—¡Tú también estuviste en ahí, compañera Roxana!, ¿no te acuerdas? —me reconoció una voz de flauta, y te subiste a la torre de la iglesia y en ahí hiciste vigilancia con tu largavista.

Me enternecí hasta no sé qué honduras de mi corazón. Bajé de mi puesto tratando de serenarme sobre la marcha y les advertí lo más amistosa posible que era la única vez que les disculpaba el olvido...

A la mañana siguiente, cuando Roxana ingresó en el campo de adiestramiento, percibió una excitación general. Aunque nadie sabía con precisión el motivo, una inquietud notoria vibraba en los ojos de cada combatiente. Algunos sostenían que a medianoche habían llegado personas, de repente combatientes desplazados de la ciudad, aunque nadie nuevo aparecía en el canchón. Otros aseguraban que medio pelotón había partido de madrugada no se sabía hacia dónde, aunque ello tampoco parecía posible porque a simple vista nadie faltaba, salvo los miembros de dirección, lo cual no era extraño tampoco porque ellos solían reunirse desde muy temprano para tratar asuntos del Partido. Algunos trataron de averiguar qué pelotón había hecho vigilancia por la madrugada, los miembros de ese pelotón debían de saber sobre los "movimientos"... pero ya no fue posible hacer ninguna averiguación porque en ese momento apareció Alcides y los demás miembros de

dirección. Todos ellos salían de los galpones y se dirigían hacia el canchón, conversando e intercambiando sonrisas moderadas y leves asentidas de cabeza. Entre ellos caminaba Adela, un tanto subida de peso por haber dado a luz, hacía sólo dos meses, a una niña muy morocha, idéntica a Álvaro, su padre.

Los miembros de dirección no parecían ser portadores de novedades, aunque algunos de los que miraban seguían jurando que había habido "movimiento" por la noche. Y al final, resulta que tenían razón, porque enseguida aparecieron Álvaro, mando militar del batallón, Graciela, mando militar de una de las compañías, y Lucio, un adolescente de la fuerza principal.

Según algunos rumores difundidos durante los últimos días, ellos tres habían sido comisionados para ultimar el reconocimiento del primer objetivo militar de la campaña, aunque sólo los miembros de dirección conocían que tal objetivo era la base militar de Chontilla, distante cuarenta kilómetros de "Sorata". Pero se suponía que los comisionados debían volver recién dentro de un par de días. ¿Por qué habían regresado antes de la fecha? Alguna razón habría. No iban a caminar en vano toda la noche. La excitación se multiplicó instantáneamente en el canchón, y produjo en todos un nerviosismo incontrolable. Algunos se frotaban las manos y se revolvían los dedos como si los tuvieran ateridos, otros sonreían sin concierto, simulando tranquilidad, otros silbaban cualquier tonada con tal de "matar" el tiempo. Para alivio general, el mando militar encargado del día llamó con su vozarrón a que formen los pelotones. Entonces, cada cual corrió a su respectivo emplazamiento y en pocos segundos quedó formada la veintena de columnas. El mando militar las verificó con esmero, limpió su voz varias veces y anunció que el compañero Alcides iba a informar las últimas disposiciones del Partido. El canchón quedó envuelto en el silencio más absoluto.

Alcides se adelantó de su columna, se cuadró delante del batallón y, después de saludar conforme a los usos del Partido, fue de frente al grano.

—¡Llegó el día que esperábamos, compañeros combatientes! — resonó su voz, grave y limpia, con su típico dejo cuzqueño.

Alcides gozaba del aprecio y la confianza de sus subordinados. Durante los desplazamientos de la guerrilla, no era extraño que algunos combatientes se acercasen para caminar junto a él y consultarle sus inquietudes políticas e incluso sus problemas personales. Y él, como era su costumbre, les respondía y les orientaba con mucha paciencia, hablando con metáforas de fácil entender, siempre según la línea del

Partido. En los descansos nunca dejaba de hablar sobre la política del Partido, a manera de complementar el estudio que cada combatiente desenvolvía en su respectivo pelotón. Últimamente, el tema insistente en sus conversaciones era la guerra de movimientos, sus diferencias, sus peculiaridades y su desarrollo respecto a la guerra de guerrillas, y el punto medular: coger a fondo la línea ideológica y política del Partido.

—¡Porque lo militar marchará bien si lo ideológico y político marcha bien! —insistía.

A la hora de vadear los ríos, los combatientes solían prenderse de su mochila, y Alcides las remolcaba entre grandes carcajadas.

En los momentos de seriedad era distinto. Como hacía en aquel momento delante del batallón, se erguía en posición de firmes y hablaba con breves pero bien hilvanadas frases, haciendo pausas continuas para que sus ideas fueran bien digeridas por el auditorio.

El Partido se había enterado (no dijo cómo) de que al día siguiente por la noche, el capitán que comandaba el objetivo militar (tampoco dijo el nombre de la base), iba a celebrar su cumpleaños a toda farra. El tipo había contratado en secreto arpa y violín para la animación y reclutado algunas mujerzuelas para satisfacer sus bajos instintos y los de sus subordinados.

—¡Pero el miserable no sabe que para el Partido no hay ningún secreto, compañeros combatientes!

El capitán era conocido en la zona por aplicar con inaudita crueldad los manuales de lucha contrasubversiva del Estado, aunque al principio, cuando recién lo destacaron a Chontilla, nadie conocía su identidad. Sólo se conocían sus hechos.

Al amparo de cualquier noche incursionaba con sus hombres en las chacras de los comités periféricos de la base de apoyo y prendía fuego en los sembríos. Y después inventaba y difundía la versión de que los autores eran "los tucos, en venganza de que los campesinos no les obedecen". Arriba en las punas, él y sus hombres se presentaban vestidos de guerrilleros y rapiñaban las ovejas y las vacas de los pequeños criadores de ganado. Incluso hacían desmanes en el propio Chontilla. Él y sus subordinados más próximos se introducían en las tiendas más prósperas, amordazaban a los dueños y vaciaban los escaparates. A su salida, regaban cientos de volantes supuestamente suscritos por "el Partido". Otras veces, se embriagaban hasta el tuétano y se escurrían en la vivienda de las mujeres más atractivas, mancornaban a sus parientes y violaban con perversidad a las víctimas. Luego, organizaban "persecuciones" y "enfrentamientos" para hacer creer que los responsables eran

los guerrilleros. Pero los hechos que más abonaron a la mala fama del capitán fueron la seguidilla de asesinatos que perpetró en la zona.

Una madrugada, un combatiente de la fuerza local del comité popular "3 de Diciembre" había salido de pesca y nunca más volvió. Todo el mundo pensó que habría resbalado al río y que las aguas lo habrían arrastrado. La población entera salió por grupos y barrió arriba abajo la ribera del río, sin resultado alguno. Hasta que alguien avisó que una cantidad enorme de aqchis<sup>[\*]</sup> revoloteaba sobre una quebrada muy fea, y recién yendo a ver se descubrió que yacía un cuerpo abajo al fondo. Como dos días demoraron en rescatarlo. Y como ya se sospechaba, el cadáver presentaba un orificio de FAL en la cabeza y varios más en otras partes del cuerpo. Después, investigando, se aclaró que la misma mañana en que el fuerza local había salido de pesca, una patrulla de Chontilla había estado de correrías por el río. Poco después se produjo una incursión sorpresiva en el comité popular "Amanecer". A causa de la negligencia del vigilante, no había llegado a tiempo el aviso de alerta, y una veintena de militares y ronderos irrumpió en la plaza lanzando rafagazos a la ciega, matando a una campesina gestante y a una pareja de ancianos. Y así, diversos episodios sangrientos, hasta que asesinó al camarada Martínez, y por fin se pudo conocer la identidad del capitán.

En esa ocasión, las fuerzas armadas desataron una feroz campaña de restablecimiento de las antiguas autoridades en la zona. Quinientos soldados provenientes de diversas bases militares, divididos en decenas de patrullas, incursionaron por diferentes puntos en los comités y permanecieron en ellos durante una semana. En esos días desataron una persecución implacable contra los comisarios de los comités populares y activistas del Partido, cobrando la vida de dieciocho personas, entre ellos la del camarada Martínez, exminero él, comisario de seguridad del comité popular abierto de "Rojo Sol".

Por coincidencia, el pelotón del camarada y la patrulla del capitán habían chocado en las faldas del Condorcenqa, un cerro cubierto de arbustos que termina en una especie de gancho rocoso. Durante el enfrentamiento, una bala había alcanzado la pierna del camarada, siendo él capturado vivo. El capitán, henchido de pechos como un gallo de pelea después de vencer a su contrincante, exigió a golpes que el camarada delate a comisarios y activistas a cambio de perdonarle la vida. El camarada, a pesar de haber perdido mucha sangre y de tener las manos enmarrocadas a la espalda, contuvo en seco al militar.

---

[\*] Aves carroñeras; especie de gavilanes.

—¡Hace tiempo que mi vida pertenece al Partido —le dijo, sin inmutarse—, y con las pertenencias del Partido no hago tratos!

El capitán trastabilló como si hubiera recibido una sonora bofetada. Para sorpresa de sus propios hombres, comenzó a despotricar en términos cada cual más vulgares e, hincando con la bayoneta la yugular de su enemigo, amenazó con desollarlo.

—¡Proceda, oficial —respondió el prisionero, muy sereno—, me tiene en sus manos!

Enfurecido, el capitán rastrelló su browning y encañonó con violencia la cabeza del camarada, pero en vez de apretar el gatillo comenzó a temblar como afiebrado, tembloteándole sin control los labios, el sudor bañándole el rostro. Impotente, se la emprendió a gritos contra sus hombres. Tartamudeando como un gago, impartió sus órdenes y se retiró con parte de ellos. Al rato, el fuego carbonizaba al camarada Martínez, en el interior de una choza de cabreros cercana al lugar del enfrentamiento.

Después de este hecho, la gente comenzó a burlarse de la "valentía" de la que siempre había presumido el capitán. En respuesta, éste se entregó con vehemencia al alcohol y comenzó a soltar la lengua más allá de la cuenta. Así se supo por sus propias palabras que era natural de Puquío, y que era hijo de unos gamonales con fuertes vínculos con el Ejército. Asimismo se supo en detalle sus antecedentes y su manera de pensar. Con el tiempo, la gente de la zona le estampó el apelativo de Capitán Conchesu, porque se volvió más procaz y andaba mentando la madre a todo el mundo.

Alcides acababa de recordar estos hechos, cuidando siempre de no revelar nombres y lugares conocidos, y finalmente comunicaba a los combatientes la decisión del Partido de "¡sancionar a ese miserable, como claman las masas, compañeros combatientes!".

Al final, anunció lo que el contingente esperaba con ansiedad.

—¡Por todo lo que he dicho, compañeros combatientes —dijo, recorriendo las columnas con sus ojos—, el Partido ha decidido adelantar la fecha del asalto!

Un estremecimiento general se apoderó de las columnas. Algunos combatientes no pudieron evitar mirar de reojo al que tenían al costado en la formación y mostrarle los puños apretados, y otros, esbozar una amplia sonrisa de satisfacción.

Era cierto que faltaba ultimar los preparativos y alistar parte de los medios militares. Pero lo principal era que los ensayos se habían realizado a conciencia durante la semana de concentración; Asimismo, haría

falta alertar a los comités populares por donde el batallón pasaría en su retirada para que aceleren con sus tareas, pero si todos ponían en tensión las fuerzas no habría obstáculo insalvable. El Partido confiaba en las masas.

—¡Con Partido y masas todos los milagros serán hechos, compañeros!

Después del adiestramiento, se reunirían los organismos del Partido y del ejército, y se harían las precisiones que faltaban.

—¡Eso es todo, compañeros combatientes!

Una especie de feliz conmoción comenzó a reinar en el campo de adiestramiento. El cansancio de más de una semana de concentración y el hambre acumulada a causa de la alimentación frugal habían huido en un santiamén. El alto espíritu de combate se manifestaba en los menores detalles, en el brillo intenso de los ojos, en el tono de las sonrisas, en la briosa tensión de los músculos. Durante el adiestramiento, la energía que animaba el espíritu de cada combatiente era tal que en ese momento cada uno se sentía capaz de tramontar las montañas más abruptas saltando de cima en cima. Incluso los combatientes de más edad corrían y ejecutaban los volantines como si de pronto hubieran rejuvenecido décadas. El canchón se había convertido de pronto en el escenario de un espectáculo indescriptible, un espectáculo nunca antes visto en la zona.

Después del desayuno, cuando los combatientes se aseaban las manos, el Partido llamó a reunión a los grupos de célula.

Allí el Partido bajó el informe correspondiente y los objetivos de la acción. Esta era la primera del Gran Remate<sup>[\*]</sup>, el mismo que remataría con sello de oro el IV Gran Plan. El objetivo específico era la destrucción cabal y completa de la base antisubversiva y la confiscación de todos los pertrechos militares. En cuanto a los soldados, dependería de sí mismos quedar con vida o no. Si se rendían, sus vidas serían respetadas y sus heridos, auxiliados, conforme a la política del Partido. El único que se había ganado la condena anticipada era el capitán Conchesu.

Asimismo, comunicó oficialmente que la primera acción de la campaña era el asalto de la base militar de Chontilla, aunque reiteró que todos guardasen la debida reserva hasta que se comunicara a los pelotones del ejército. También comunicó sobre algunos problemas para cuya solución se requería aportes y sugerencias. Uno de estos problemas era

---

[\*] Se refiere al *Gran Remate de la III Campaña del IV Gran Plan de Desarrollo Estratégico de la Guerra Popular*.

el calzado. El Partido había solicitado una dotación de zapatillas a los transportistas de la zona, pero el pedido llegaría recién dentro de dos días. Otro, era el hambre para el desplazamiento. El Partido había previsto degollar una res y sancochar la carne, pero con el adelanto de la fecha el inconveniente era que la res se encontraba lejos, en el potrero, y no se disponía del tiempo necesario para arrearla, beneficiarla y sancochar la carne. Qué opinaba la militancia, qué soluciones concretas aportaba.

Las opiniones llovieron literalmente, aunque algunos se excedieron del límite y llegaron a decir que así sea descalzos caminarían con tal de no perder la magnífica oportunidad de pillar con la guardia baja al capitancillo ése y a sus morocos. Otras opiniones, más ponderadas, aportaron sugerencias y soluciones, las cuales se analizó y se acordó informar al Partido. Enseguida se llamó a reunión a los pelotones del ejército, y al rato cada quien sabía en detalle qué hacer, hacia dónde ir, en qué momento, y cuándo volver. Al finalizar su respectiva reunión, Roxana hizo que todos los combatientes de su pelotón centralicen los cuadernos, documentos partidarios y objetos personales que no requerían llevar a la acción. Con todo lo centralizado formó un paquete grande, lo embolsó en un costalillo y lo entregó al logístico de compañía para que a su vez éste lo centralice a Adela, la logístico del batallón, para que disponga su guardado. Después, verificó el estado del armamento, comunicando a Héctor, mando militar del pelotón, cuando hacía falta aceitar los fusiles y revólveres, o cuando hacía falta arreglar las granadas caseras. Luego revisó en detalle las ropas de los combatientes, las zapatillas sobre todo, y comunicó de inmediato sus necesidades al logístico de compañía.

Hecho esto, se apresuró hacia el campo de adiestramiento, donde se encontraba ya el resto de su pelotón y Álvaro, el mando militar del batallón.

El campo de adiestramiento era un ancho gramadal casi cuadrado, antaño plazoleta de la hacienda más grande de la zona, cuyo dueño había sido ejecutado por la guerrilla hacía varios años, y ahora campo de fútbol y plaza de corrida de toros. En una de las esquinas del campo, el pelotón encargado había construido la maqueta de la base militar de Chontilla. Allí, apenas llegó Roxana, Héctor ordenó que sus hombres se ubicaran alrededor, y una vez que lo hicieron, comunicó que el propio mando militar del batallón iba a exponer el plan de asalto.

—¡Compañeras y compañeros! —dijo Álvaro, cuando Héctor le cedió la palabra—. Por disposición de nuestro Partido vamos a bajar el

plan de asalto, y específicamente la tarea de irrupción que van a cumplir ustedes—. Su voz, si bien mantenía serenidad, resonaba impetuosa, beligerante, como si golpeará con ella.

En la maqueta aparecía, construida con todo detalle, la tosca instalación militar, encerrada por un grueso tapial a cuyo pie se abría por dentro una ancha zanja llena de agua. Amparando las esquinas aparecían cuatro torreones cilíndricos de adobe, con pequeñas ventanas rectangulares. La base había sido construida en las postrimerías del primer gobierno aprista, a raíz de la destrucción del puesto policial. A pesar de la urgencia con que habían empezado a construirla, el cambio de gobierno había impedido su culminación, quedando la mitad de las instalaciones casi en cimientos.

La construcción se levantaba en la cima aplanada de una loma de arbustos y cactus. Hacia el costado sur, carretera adelante, se extendía el distrito de Chontilla, sus centenares de tejados rojizos y la recta avenida principal que comunicaba sus dos parques. Hacia el costado norte, se descolgaba la angosta carretera que, tras cruzar un pequeño riachuelo, dos kilómetros adelante, desembocaba en la plaza del distrito de Alpamarca, acérrimo rival de Chontilla.

En Chontilla, el capitán Conchesu y algunos propietarios habían conformado la ronda campesina encabezada por un expolicía apodado Quesillo. Por esta razón, a pesar de haber desplegado múltiples esfuerzos, el Partido no había podido conformar ningún organismo. Sólo mantenía relación con algunos amigos e informantes individuales que, como contraparte, tenían acceso a los secretos mejor guardados del capitán Conchesu y su grupo.

En cambio, Alpamarca era un comité popular paralelo. Allí actuaban el Estado y el Partido con sus respectivos organismos. En caso de un ataque del Partido contra la base militar, la población de Alpamarca permanecería neutral, aunque, para mayor seguridad, Elena y su grupo de fuerza de bases vigilarían la carretera Alpamarca-Chontilla hasta que culminase la acción.

En la parte central de la instalación, se extendía un patio rectangular de cemento, donde cada domingo por la mañana el capitán Conchesu ejecutaba su "izamiento".

Mediante sendos circulares "a todas las autoridades de la circunscripción" había impuesto a la población de Chontilla y a la de los pueblos vecinos, asistir al acto y jurar "fidelidad a la bandera y a la democracia". Una vez que llegaban los campesinos, el capitán ordenaba que formen en columna como si fueran soldados, y pasaba revista haciendo

grandes muecas con sus labios. Luego, se paraba sobre una silla y se entregaba a una larga perorata contra la guerrilla.

—¡Esos terrucos, conchesu... que obligan a los campesinos...!

Los campesinos permanecían callados, aunque después, en el camino de retorno, comentaban que más bien era el capitán quien los obligaba a bajar a Chontilla y les hacía perder el tiempo.

Culminada la ceremonia, seleccionaba un par de hombres y ordenaba que icen la bandera peruana en el mástil de eucalipto, mientras el resto cantaba el himno nacional. Al final, enviaba su "mensaje" a los guerrilleros más conocidos de la zona.

—¡Díganle a ese Álvaro, conchesu... que aquí lo espero bien parado! —bufaba, mostrando sus dedos en señal obscena— ¡Que venga con sus cinco guanacos para sacarle la puta madre!

Delante del patio se alzaba la cuadra, una amplia construcción de adobe y techo de calamina, donde dormían los soldados. Junto a la cuadra, separados por un pasadizo angosto, aparecían el calabozo, la cocina-comedor y la panadería. Hacia el fondo, contiguo al otro extremo de la cuadra, se hallaba la "oficina" del capitán.

Según los informantes, en este lugar estaba instalado el equipo de comunicaciones (la radio móvil en cambio siempre permanecía en la cuadra, al alcance del operador). Adyacente a la oficina aparecía la armería, uno de los objetivos claves del asalto.

Con toda seguridad, se sabía que la armería, la oficina y la cuadra, se comunicaban a través de puertas interiores, aunque usualmente éstas permanecían cerradas.

—¿Ahora comprenden la importancia de la misión que van a cumplir? —preguntó con énfasis Álvaro.

—¿Comprenden que lo primero que va a hacer el enemigo es asegurar sus armas? —insistió, señalando con su baqueta la armería—. Por eso, el compañero Claudio y la compañera Roxana tienen que ganarles en rapidez.

—Es cierto que a esa hora el enemigo va a estar farreando, y vamos a tener ventaja. Pero, ¡mucho ojo, compañeros!, si no aprovechamos esta ventaja, nos puede ir muy mal. Con el alcohol en la cabeza, el enemigo puede actuar a la ciega y generarnos grandes problemas.

Frente a la cuadra, a continuación del patio, aparecían las paredes apenas levantadas de las nuevas instalaciones. A simple vista, se trataba de otras cuadras, además de, según los comentarios recogidos, una especie de auditorio. La altura de las paredes era de la más propicia para parapetarse.

A unas decenas de metros delante del portón, entre tupidas matas de espinas y cactus, se asentaba una piedra grande en forma de riñón de toro. Hasta allí avanzaría el pelotón de irrupción, en absoluto silencio, y desde allí Héctor dispararía la primera instalaza. De acuerdo a lo previsto, el impacto pondría fuera de combate a los dos soldados que, parapetados detrás de la ruma de sacos de arena, vigilaban el portón armados de una ametralladora. Para asegurar el ingreso del pelotón de irrupción, Gilmar lanzaría otra instalaza de frente al portón, para averiarlo. Ambos instaladazos darían la señal de inicio.

—¡Después de la señal, somos mismo rayo, compañeras y compañeros! —enfaticó Álvaro. Con sus dedos simuló atrapar una ansiada presa y golpeó el aire con el puño— ¡Nada, ni la propia muerte nos detiene!

Oyendo al mando militar del batallón, Claudio y Roxana se codeaban con disimulo, y se sonreían de reojo. Claudio era el primer combatiente del pelotón, un hombre muy joven, veloz y, sobre todo, arrojado, razón por la cual el Partido siempre lo seleccionaba para cumplir las tareas más riesgosas. Esta vez actuaría acompañado de Roxana, responsable de logística del pelotón, una joven madre soltera a quien el Partido la tenía en alta estima porque en una oportunidad, habiendo sido capturada por los militares había logrado hacerles caer en una treta, gracias a la cual había logrado fugarse.

De acuerdo al plan, para cuando Héctor lanzase el primer instalazazo, todos los pelotones habrían ocupado ya sus respectivos puestos de combate. Con ese fin, previamente sincronizarían todos los relojes. Una vez producido el segundo instalazazo, la acción se desplegaría simultáneamente por todos los flancos. Los fusileros encargados abatirían a los vigías de los torreones, o, de no ser posible, los mantendrían en la pasividad a balazos. Mientras tanto, el pelotón de Héctor ingresaría a toda velocidad por el portón averiado y no pararía hasta apostarse en la esquina de la cuadra. Allí se separarían. Claudio y Roxana continuarían por el pasadizo, doblarían por detrás de la cuadra y correrían hasta la altura de la armería. Héctor y el resto impedirían, a granadazos y tiros de fusil, la reacción inicial del enemigo, dando tiempo a que todos los pelotones avancen, algunos introduciéndose por los forados que abrirían en el tapial, otros, trepando por encima, otros, lanzando petardos por el techo, o bombas molotov para producir llamaradas. Al cabo de un par de minutos, a lo más, Claudio y Roxana detonarían un potente petardo detrás de la pared de la armería. De acuerdo a lo ensayado, el petardo abriría un buen boquete en la pared. Por allí ingresarían al interior y la resguardarían hasta que los pelotones asignados lleguen al

punto y se apoderen de las armas. Cumplido este paso de la acción, el resto sería cuestión de apretar el combate con alta belicosidad. Al cabo de media hora, el enemigo debía de rendirse. Entonces, los pelotones procederían a cumplir las tareas complementarias. Finalmente, el mando militar del batallón llamaría a formación, después de la cual comenzaría la retirada.

Álvaro había culminado su exposición y consultaba si alguien tenía dudas o interrogantes. Nadie las tenía. Entonces, asintió con la cabeza, satisfecho, y comenzó a despedirse del pelotón. Abrazó al mando político del pelotón, intercambiando con él algunas frases en voz baja, y luego abrazó a Héctor, haciendo lo propio.

A su turno, tomó los brazos de Roxana, la miró con honda camaradería y pronunció la frase que con mayor cariño guardaría ella en su memoria.

—¡Nuestro Partido confía en que vas a garantizar la tarea, compañero!

—¡Cueste lo que cueste, compañero! —respondió ella, tratando de imprimir a sus palabras el tono que reflejase con mayor sinceridad la emoción que la embargaba.

Cuando los combatientes del pelotón se retiraban hacia los galpones, se encontraron con un espectáculo muy original que se desarrollaba en el canchón. Este parecía un mar de aguas agitadas. Sólo que en vez de agua eran hombres los que se movían. Una larga columna de fuerza locales avanzaba "a paso de gato" por el rincón del fondo. Asentaban suavemente la punta del pie y luego el talón, sin producir ruido alguno. Elena, tan alta y esbelta como era, los observaba con esmero desde lo alto y les corregía cualquier imperfección. Hacia el otro extremo, Amílcar, a quien se supone le había alcanzado una bala, gritaba, ¡Quinientos!, ¡Quinientos!, cogiéndose la pierna con ambas manos. Entonces, Martina y sus camilleros emprendían la carrera resguardados por dos hombres armados de revólver. Con sumo cuidado colocaban al herido sobre la camilla y emprendían el retorno hacia el puesto de auxilio.

Martina era una técnica en enfermería egresada del Instituto Superior de Puquío, y trabajaba en la posta médica de Alparmarca. Cuando había necesidad, salía a ocultar del poblado y caminaba varias horas hasta los comités para atender a los guerrilleros heridos. Los campesinos de los comités populares la apreciaban de manera especial desde hacía dos años, cuando una epidemia de cólera había amenazado con arrasar la zona. El Ministerio de Salud había prohibido, bajo pena de despedido, asistir a los campesinos de las "zonas rojas". Pero Martina

había hecho caso omiso de la prohibición y recorrido los pueblitos junto con la guerrilla, hasta conjurar la epidemia. Con ocasión del asalto a la base militar de Chontilla, había aducido un problema familiar urgente ante el funcionario de salud de Chontilla, y salido de Alpamarca, se supone, de viaje a Puquio. Pero en realidad había bajado del vehículo en la puna y vuelto a bajar en compañía de un fuerza local hacia el local de la concentración, donde ahora realizaba los últimos ensayos con el pelotón de salud.

El grupo que más llamaba la atención eran los fuerza de bases de Graciela. Los hombres habían formado dos bandos, uno de guerrilleros y otro de ronderos, y se habían trezado en un rudo combate. Algunas parejas rodaban sobre el gramadal, en medio de recios gritos, hasta que uno reducía al otro. Otras parejas topeteaban ágilmente con sus lanzas, atacando y esquivando al oponente, hasta que uno de ellos derrotaba al otro. Graciela, menuda de contextura y ligera de pasos, acicateaba con su voz atiplada a los hombres de ambos bandos. Si veía a un guerrillero en aprietos, ella misma esgrimía su metralleta y simulaba un disparo contra el rondero...

Poco antes del almuerzo, mientras Álvaro seguía exponiendo el plan de acción a los pelotones restantes, apareció Santiago y un fuerza local, cargando dos costales de calzado.

Apenas el Partido tomara la decisión de adelantar la fecha del asalto, los dos combatientes habían sido comisionados hacia los comités populares más cercanos, con la tarea de solicitar en préstamo las zapatillas que hacían falta o, de no ser factible, comprar a crédito en las tiendas, con el compromiso de cancelar en un par de semanas.

—¡Nosotros, a los compañeros comisarios nomás les pedimos que movilicen a las masas! —contaba Santiago, con grandes movimientos de brazos—. De ahí, mientras fuimos donde el comisario de producción que nos convidó unos alimentos, vimos que la gente salía del pueblo como yendo a sus chacras. Pero después, cuando nos pasaron la voz, ya habían vuelto y nos esperaban en la plaza con nuestro pedido.

El fuerza local añadía detalles con el mismo entusiasmo.

—Sí, compañeros, de sus retiradas<sup>[\*]</sup> habían ido a traer las zapatillas.

—Porque sus cositas de valor no guardan en sus casas sino lejos, en las chacras o en el monte.

—Por seguridad, para que los cachacos no les roben...

Santiago extendió un poncho grande sobre la grama y allí fue colo-

---

[\*] Escondite ubicado fuera del pueblo.

cando en orden los pares de calzados que iba extrayendo de los costales.

La inmensa mayoría de calzados eran zapatillas de lona y algunas de cuero, todas nuevas o casi nuevas.

—Las masas guardaban sus zapatillas para prosear en las fiestas, pero como el Partido necesita, muy contentos nos han regalado para los compañeros.

La cantidad de calzado, era más que suficiente y ya no había sido necesario subir a los demás comités populares.

Ahora, después de cotejar con minuciosidad su lista de pedidos, Adela convocaba a grandes voces a los responsables de logística, y conforme iban llegando les entregaba los calzados que requerían.

—¡A ver si se apuran un poquito, compañeros —apremiaba, dando palmaditas con sus manos—, para que almorcemos de una vez, no vaya ser que el tiempo nos gane!

Poco después del almuerzo, los mandos militares ordenaron a sus respectivos pelotones que alisten sus mochilas y sus armas, que en media hora iba a darse la partida. Entonces, un remolino de algarabía volvió a apoderarse de la exhacienda. Combatientes que amarraban sus ponchos o rebozos encima de sus mochilas, combatientes que inspeccionaban con sumo cuidado los plásticos que protegían las mechas de sus granadas caseras. Algunos que usaban doble pantalón se quitaban el de encima para evitar el calor. Los más diligentes se echaban ya las mochilas a la espalda, sus fusiles al hombro, después de verificar que el cañón estuviera bien taponeado para que no ingrese polvo en el alma... Un intenso hormigueo de combatientes se desarrollaba en todos los confines del canchón.

Los cinco comisarios de "Sorata" habían llegado, y conversaban muy serios con algunos miembros de dirección. Era usual. El abrigo, decenas de frazadas y jergas, cientos de cueros de oveja o de llama, y los utensilios de cocina, peroles, baldes, cucharones, platos, tazas, cucharas y cuchillos, en suma, lo que hiciera falta, proporcionaba el comité "anfitrión" y los comités más cercanos. En cuanto a granos, la mayor parte provenía de los comités del área, de las chacras destinadas al EGP[\*] que los mismos combatientes cultivaban. La carne provenía de las reses que el Partido separaba de las confiscaciones a los gamonales. O a veces, de la caza de vacas salvajes que abundaban en algunos comités. Víveres como arroz, harina, azúcar, fideos, sal, los compraba el

---

[\*] Ejército Guerrillero Popular.

Partido o provenían del apoyo de los transportistas, los comerciantes o las pequeñas empresas mineras que operaban en la zona. Al final de la concentración, todo lo que no se gastaba se entregaba a los comisarios, como hacían ahora los miembros de dirección.

Mientras tanto, los combatientes habían formado en estricto orden, premunidos de todos sus pertrechos militares. Álvaro coordinaba la partida con los mandos militares de compañía.

La tarde había adquirido un tono enardecido: el sol parecía espantar con sus cabellos a las escasas nubes, las cuales huían intimidadas a refugiarse en el horizonte. El cielo parecía una inmensa bandera celeste que flameaba en grandes ondulaciones. El aire parecía retozar alrededor de los combatientes. Los cerros parecían haberse levantado de sus asientos y formar allá arriba colosales columnas que flanqueaban a los combatientes. Toda la quebrada había adquirido una intensa luminosidad. Hasta las ramas del viejo eucalipto se agitaban con aires juveniles. Doscientos cincuenta combatientes, formados en rectas columnas, aguardaban en silencio disciplinado la orden de partida.

Álvaro terminó de impartir las últimas disposiciones del Partido, consultó algo a Alcides y enseguida hizo una indicación al mando militar encargado del día. Este asintió con la cabeza, muy militar, y dio la orden.

Entonces, la quebrada entera comenzó a vibrar con las voces.

*Por los valles y los Andes  
guerrilleros libres van...*

Era "El Guerrillero", la marcha que el EGP solía entonar cuando partía a una acción.

Como era usual, el mando militar encargado ordenó repetir la marcha las veces que fuera necesario hasta que el último combatiente abandonara el lugar. En medio de las notas de la marcha, las columnas fueron saliendo y enrumbando cada cual a su destino. Algunos hombres, hacia el comité popular abierto de "Villatambo", rumbo a la carretera Nazca-Querobamba, donde efectuarían bloqueos y embanderamientos. Otros, hacia el comité popular abierto de "Vista Alegre", rumbo al distrito de Lambraspata, donde harían pintas en las paredes de los locales públicos. Otros, hacia el distrito de Cayara, en la provincia vecina, donde hostigarían la base militar instalada allí desde cuatro años atrás. Otros, hacia las punas del propio "Sorata", a embanderar los principales

cerros de la zona, el Pinkutalla, el Kunukayoq, el Oqoñi. Finalmente, partió el grueso.

Para todos estaba claro que el camino más directo hacia Chontilla era la ruta que pasaba por el comité popular de "Ñuñulla". Todos los combatientes, salvo quienes conocían el secreto, habían supuesto que el grueso cenaría y se proveería de fiambre en ese comité, para de allí avanzar de madrugada hasta un determinado punto. En este punto descansarían hasta mediodía, y finalmente se descolgarían por la tarde hacia el objetivo. Por eso fue grande la sorpresa cuando el mando militar encargado ordenó que el grueso enrumbase hacia el río Chinchirka. ¿Cuál era el propósito de partir en esta dirección? Camino adelante se encontraba el comité popular abierto de "Medialuna". Pasando este comité, el camino conducía a la carretera Puquio-Cusco. ¿Cuál era el objetivo de dirigirse hacia allá? ¿Acaso se había presentado algún problema de seguridad y se iba a realizar un gran rodeo? La inquietud reinó hasta que el contingente llegó a la ribera del río. Allí, Álvaro en persona pidió a los combatientes no inquietarse, pues el Partido había dispuesto lo conveniente para que el desplazamiento fuese menos agotador. Por lo pronto bastaba que supieran que iban a cenar en "Medialuna" y que allí se proveerían de fiambre. Una comisión había partido temprano para garantizar lo necesario.

Después que partieron de "Medialuna", cuando habían dejado las últimas casas, Álvaro explicó finalmente que el plan era desplazarse hacia la puna, hasta un punto determinado de la carretera. Allí abordarían los vehículos que el Partido había dispuesto movilizar con apoyo de los transportistas y comerciantes de ganado de la zona.

Al día siguiente, tras despedir a los transportistas, los combatientes amanecían en Iskuqasa, el bosque de piedras ubicado en la puna de Chontilla. Allí descansarían todo el día, camuflados entre los ichus, y por la tarde, cuando el sol comenzara a retirarse, caerían casi en línea recta hacia el objetivo...

Al día siguiente, a media mañana, todo aquello era un recuerdo imborrable para cada hombre y para cada mujer. Ahora, después de una marcha forzada de seis horas, el batallón se aproximaba al comité popular abierto de "Rojo Sol". La marcha, a pesar de ser larga, a pesar del considerable peso, consistente en numerosas armas, miles de municiones y demás pertrechos confiscados de la base, que cada combatiente cargaba, y a pesar de las dificultades de transportar los dos heridos, era fluida, alegre, pródiga en risas y conversaciones muy animadas. Cada

combatiente pugnaba por recordar en voz alta lo que había visto y vivido durante el asalto. Como que cada hombre y cada mujer quería prolongar en el tiempo la emoción experimentada, como en un atrevido intento de eternizar en el tiempo la victoria lograda.

Ni menos ni más, compañeros, el aire, la noche, y las estrellitas que colgaban del cielo, todo se sacudió bien fuerte cuando gritamos, ¡Viva el Presidente Gonzalo!, y comenzamos el ataque. De la emoción que hervía en nuestro pecho, creo que corrimos como viento. En plena carrera ya, escuchamos que los compañeros de otros puntos también gritaban igual, ¡Viva la guerra popular! ¡Qué velocidad, compañeros!, nunca había pensado que podíamos correr de esa manera. De lo que al principio sólo se oía, ¡buk-tín!, ¡buk-tín!, el arpa, el llanto del violín y las risas de los soldados fiesteando adentro, todo se volvió gritos de guerra y arengas, rapidito, aunque el enemigo todavía no se recuperaba de la sorpresa. Ni diez segundos habían pasado cuando los de irrupción llegamos a la esquina de la cuadra, nuestros pechos subiendo y bajando de la gran emoción. El compañero Claudio y yo nos pegamos a la pared y comenzamos la carrera, por detrás, hacia la armería. Yo corría adelante, con mi AKM lista para disparar, y él atrás, con su petardo en una mano y su plegable en la otra. Avanzamos apoyándonos en la pared, para no terminar de cabeza en la zanja. Cuando íbamos por medio camino, oí los primeros disparos, ¡pam!, ¡pam!, como calentando motores. Y ahí mismo, una granada. Después de la granada, todo silencio, ni tiros ni arengas, por un ratito. Y para qué, enseguida comenzó la balacera de infierno.

Pero nosotros dos, muy tranquilos. Porque en plena acción no hay nervios ni dudas ni nada. Claro, cuando uno está decidido. Más bien piensas y decides rápido, tu cabeza se vuelve bien ligera, tus ojos y tus oídos captan bien nítido hasta las sombras y los ruidos más mínimos. Apenas llegamos a la columna donde debíamos colocar el explosivo, yo me pegué a la pared, con mi AKM listita, a garantizar la seguridad del compañero. Cualquier movimiento y, ¡pam!, enemigo abajo, porque la mano para nada me temblaba. El compañero, ágil y fuerte como es, clavaba rapidito la estaca en la pared y colgaba ahí el petardo. Terminando, me dice, ¡ya, compañera, listo!, y nos tiramos más allacito, para que la explosión no nos afecte.

Después que retumbó el petardo, regresamos a ver, y en la pared vimos el hueco. La noche era oscura, pero el hueco era más oscuro todavía. Y nosotros, bien contentos, ya casi cumplimos la tarea, dicen-

do. Cómo íbamos a pensar que algunos soldados se encontraban metidos en la armería. Y peor todavía, de dónde íbamos a pensar que nos soltarían una granada por el hueco. Si no es por el compañero Claudio, ahí moríamos los dos. Pobrecita mi hija, y mi madre, ¡cuánto hubieran sufrido!, ¡y los padres del compañero, que son ancianitos ya! Aunque en ese ratito no pensé en nada de eso, sino que me aventé al rincón, porque felizmente el compañero se había dado cuenta y me dice, ¡cúbrete, que ahorita revienta! Y el compañero, ¡qué nervios de acero!, se pone a tantear por el suelo, hasta que encuentra la granada y se la devuelve, ¡zas, vaya a reventar adentro! Pero la desgraciada revienta todavía en el aire y sopla al compañero. Ya después, hemos visto la cantidad de esquirlas en su cuerpo. En ese rato, la balacera y las explosiones ya se oían por todas partes, y en todo el aire comenzaba a sentirse el olor a pólvora.

Yo no me explicaba cómo los soldados habían corrido tan rápido para llegar primero que nosotros a la armería. ¿Acaso siempre dormían ahí, y el Partido no había podido enterarse? ¿Acaso alguien les había puesto en aviso, y los muy odiosos nos esperaban ya? Preguntas así me hacía en ese momento, tratando de ponerme en el peor de los casos. Recién después, cuando culminó la acción nos enteramos, por boca del propio suboficial, que él y dos soldados habían salido de ronda un ratito antes de que empezara el asalto. Una vez que empezó, ni sonsos, en vez de volver a la cuadra, se metieron en la armería. Ahí habían estado dando vueltas hasta que reventó nuestro petardo desde atrás. Y fíjense bien, el soldado más sereno había dicho al resto para que esperen a que entremos por el hueco y recién soltarnos la ráfaga. Sino que el suboficial se había tocado de nervios y había aventado como sea su granada. Pero en aquel momento, no tenía cómo saber de todo esto. Lo que sí, yo estaba con una rabia de gran tamaño viendo que el compañero Claudio había caído al pie de la pared, quejándose un poquito. Yo dije, en este momento no puedo atender al compañero, tengo que contener a los de adentro hasta que lleguen los demás compañeros. Por eso prendí mi granada. Como digo, yo estaba bien enardecida, y casi casi la aviento de inmediato. Felizmente recordé lo que el Partido siempre nos ha enseñado, corazón ardiente pero cabeza fría. Así que antes de lanzar conté, uno, dos, tres, cuatro, para no dar oportunidad a que me la devuelvan, y recién la aventé. Y no les miento, el cuartito retumbó en seco, muy fuerte, aunque después no me gustó nadita ver que uno de los soldados había muerto feo, soplado por las esquirlas, y que el suboficial había quedado con su cara destrozada. Y como a veces sucede en la

guerra, el otro soldado, de pura casualidad se había parado detrás de una plancha de metal y no fue afectado por la explosión.

En cuanto a los muertos, como ya dije, no me alegraron para nada. Es más, yo digo que no deberían ocurrir esas muertes, porque aparte de ser desagradables, esa gente tiene familia y muchos de ellos son pobres como nosotros, pero qué queda cuando los explotadores, los que dominan el mundo, matan miles, millones, miles de millones, por hambre, por enfermedad, y todo tipo de plagas. No queda otro camino que cambiar este sistema haciendo la revolución. Y cuando hacemos la revolución, mandan a toda su cachaquería a barrernos a sangre y fuego. Tenemos que defendernos, pues. Tenemos que hacerles la guerra justa para terminar con su guerra injusta. Para que al final alcancemos la paz, "la paz perdurable", como el Presidente Mao nos ha enseñado.

Verdad, compañeros, así aparecieron los ronderos, pías, pías, pías, sus ojotas sobre el suelo, arrastrando sus ponchos y cargando sus retrocargas. A pesar de la oscuridad, por la luz de las estrellitas podíamos fijarnos. Entonces, el compañero Gabriel nos dice, ¡tranquiillos!, ¡tranquiillos!, que avancen nomás, así, así, hasta que yo dé la señal. Y como él decía, los ronderos avanzaban y avanzaban, pegaditos a la pared, sin darse cuenta que les esperábamos. Como ya sabíamos que por esa calle iba a salir uno de los grupos a auxiliar a los cachacos, nos habíamos escondido dentro de los galpones que hay varios por ahí. Así, y los ronderos ya pasaban por nuestro delante, callados, medio desganados, cuando saltamos con qué agilidad, ¡manos arriba, carajos!, diciendo. Además, el compañero Gabriel les mandó un tiro arriba, ¡baamm!, ¡chiiuuu!, sonando la bala, dejando su candela en el aire, y entre todos, ¡wácate!, los cercamos.

Los ronderos recién despertaron, creo. Quedaron tiesos, ni para adelante ni para atrás, con sus manos arriba, cogidos sus retrocargas, como espantapájaros. Y lo peor para ellos, no sabían dónde estábamos cada uno. Por la oscuridad, quiero decir. Para mayor seguridad, el compañero Gabriel les mandó que ellos mismos bajen sus armas hasta el suelo, que respetaríamos sus vidas, ¿no ves que son gente pobre también, la mayoría? Y estando en eso se da un hecho. El rondero que estaba primero, en vez de obedecer al compañero, se echa al escape. ¡Casi casi se nos va! Porque en la oscuridad es bien difícil pegar en el blanco. Felizmente, el compañero Gabriel tiene su experiencia, y medio para abajo suelta los tiros, y ¡baamm!, rondero abajo, bien wicapeado. Los demás compañeros gritamos fuerte para que los restos no se echen a correr

también, y para qué, no se movieron. Después, cuando conversamos con ellos, nos contaron que el correlón era ese tal Quesillo, que había sido tombo antes, y que les obligaba para que hagan la ronda, un tipo así puro huesos, medio agringado. Cuando le vimos con la linterna, se quejaba todavía en puro gemidos, pero más ratito nomás se fue de viaje para el infierno.

Para ese momento, ya hacía buen rato que nos habíamos agarrado con el enemigo. A balazo limpio y a boca también, porque nosotros les gritábamos para que se rindan, y desde adentro el capitán Conchesu nos respondía con sus bravuconadas. Lo que sí al principio les sorprendimos en toda la regla. Y como dice el dicho, hombre sorprendido, medio cogido. Cuando los de irrupción entramos por el portón, la fiesta se encontraba en su máximo, el arpa todavía bordoneaba con qué ganas, y los soldados y las mujeres reían a gritos, zapateando a todo dar. Según nos contaron después los propios soldados, ellos habían pensado que la primera explosión había sido de alguna piña que se le había escapado al torrenero. Ni por acá se les pasó que entrábamos nosotros. Por eso ni se preocuparon. Recién cuando reventó el portón se dieron cuenta de nuestra presencia. Pero ya era muy tarde para ellos. De todos modos salieron a ver, y el sustazo que se pegaron cuando el compañero Héctor les mandó desde la esquina su par de tiros, alcanzando en el hombro a uno. Enseguida, para atarantarlos más les rodamos una granada a la puerta. Adentro, ni señal de nada, ni un pobre tiro. Lo que sí apagaron su petromax. En la oscuridad se gritaban entre ellos, aunque no podíamos escuchar qué, y se tropezaban también porque oíamos de cosas que caían al suelo. Hasta que por fin, ¡traq!, abrieron la ventana y comenzaron con los tiros. También aventaron granadas, aunque no tenían cómo alcanzarnos porque nos habíamos parapetado de lo más seguro en la esquina. Y, lo principal, habíamos ganado tiempo para que los demás compañeros se acerquen lo suficiente.

Más que suficiente. Porque ya dos compañeros del grupo que atacamos por el flanco izquierdo habían entrado cuando empezaron las balas del enemigo. Como por detrás de la base hay cantidad de espinas y wallankas, habíamos demorado un poco en llegar al punto, pero apenas llegamos, trepamos rápido la tapia. La compañera Adela, que venía con nosotros, apremiaba dándonos más confianza.

—¡Más rápido, compañeros —acicateaba, sosteniendo la escalerita que nos habíamos hecho antes de llegar al objetivo—, mientras los cachacos están conmocionados!

El compañero Abdón, que había entrado primero, había colocado un tronco sobre la zanja y nos ayudaba con su gran fuerza para que saltemos y crucemos sin riesgos. Y conforme entrábamos, rápido avanzábamos, parapetándonos en los muros bajos que había al costado del patio. Lo que nos dificultó fue que los cachacos cuadraron rápido su ametralladora en la ventana, y la maldita no dejaba de tartamudear feo. Felizmente para nosotros, las balas dejaban en el aire tantísimas líneas de candela bien claritas, cosa que podíamos ver hacia dónde apuntaban, y podíamos protegernos. Parece mentira, combatir en la noche también tiene sus ventajas.

Por parte de quienes entramos por el flanco derecho, era muy riesgoso que avanzáramos a nuestro punto antes de la señal de ataque, pues por ese lado están ubicadas las primeras viviendas de Chontilla. No podíamos correr el riesgo de que los perros alerten al enemigo con sus ladridos. Por esa razón, nos vimos obligados a esperar que primero se produzca la señal. Una vez que se produjo, emprendimos la carrera, lanzando atronadores gritos de combate, igual que el resto de compañeros. Apenas llegamos a nuestro punto, nos desplegamos cada grupo a su tarea. El primero comenzó a lanzar bombas incendiarias sobre el techo de la cuadra, mientras los de mi grupo nos abocamos a cavar un hoyo al pie de la tapia. Una vez que lo hicimos, colocamos allí el petardo, prendimos la mecha y avisamos al resto para que se cubra.

Les aseguro que la explosión fue tremenda, compañeros. A pesar de que nos habíamos cubierto a conveniencia, sentimos una especie de golpe seco de aire en los oídos y una fuerte sacudida del suelo. De inmediato ingresamos por el boquete, colocamos un par de maderas sobre la zanja, cruzamos a la carrera y sobre la marcha comenzamos a cavar otro hoyo, ahora al pie de la pared de la cuadra. Francamente, compañeros, para mí ha sido una experiencia extraordinaria. El griterío ensordecedor de nuestras consignas y los emplazamientos de rendición al enemigo. Para aturdir a cualquiera, compañeros. La andanada de granadas, tanto nuestras como de los cachacos, la balacera infernal que se produjo cuando el enemigo comenzó a responder desesperadamente. El persistente olor a pólvora quemada que se percibía en todo el aire. Lo que más me ha impresionado es la contundencia y la sincronización con que actuaron nuestras fuerzas. Sencillamente arrolladoras, compañeros.

En realidad, el enemigo en ningún momento pudo organizar su defensa. Los propios soldados tuvieron que reconocerlo después.

Yo lo que tengo aquí sin borrarse de mi cabeza es el comportamiento de ese capitán Conchesu. Al principio, como ha dicho el compañero Silverio, bravuconeó fuerte desde dentro, mentándonos la madre, conchesu por acá, conchesu por allá, y burlándose de lo que les emplazábamos para que se rinda. A mi ver, el tipo estaba bien creído que en cualquier momento iban a volver los hombres a quienes había mandado traer las ametralladoras, los RPG y las instalazas de la armería. Pero qué iban a traer si ni siquiera pudieron llegar allá porque la compañera Roxana los frenó a granadazos. Sólita, al principio. Porque después, cuando llegaron los compañeros, entre todos corretearon a los soldados. Ya me imagino lo que habrá dicho el capitán enterándose del caso. Y peor cuando a sus espaldas reventó el gran petardo, trayéndose abajo un buen pedazo de pared. Lo que sí uno de los soldados nos contó que en ese rato obligaron a las mujeres, que se encontraban acurrucadas debajo de los camarotes, para que ayuden a trancar el hueco. Y ellas, qué va, peor se abrazaron entre sí como si fueran un solo cuerpo. A lo más el arpista y un par de tipos, que eran invitados del capitán, ayudaron a empujar algunos camarotes. Pero de nada sirvió porque los compañeros comenzaron a soltar granadas por el techo, levantando las calaminas. Y después las molotovs, ¡craaqq!, rompiéndose las botellas y levantándose la candela. El capitán tuvo que moderar su cháchara. Estaba perdido. Sus hombres seguían disparando. No se rendían. Pero no blanqueaban a nadie, aparte de la bala había que hirió en el hombro al compañero Ísmodes. Más eran disparos a la loca. Como si quisieran gastar de una vez todas sus municiones para que todo termine rápido.

En un momento de esos que se callaron las balas, el compañero Héctor nos ordena que gritemos en coro, porque así por separado nuestras voces se interferían. Ya, respondimos, y él mismo hizo el conteo, dos, tres, para empezar.

—¡¡Soldados del Ejército Peruano, ríndanse, preserven sus vidas!!

Así gritamos, una vez, otra vez, varias veces, que hacíamos temblar la noche con nuestra voz. Pero los soldados, nada. Más bien aprovechaban para dispararnos, qué tal lisura. Ya nos estábamos amargando de su actitud, cuando oímos ruidos detrás de la puerta. Voces, discusiones, y parecía que llantos también. No sabíamos qué pasaba. Los tiros se habían apagado por completo. Ni modo, tendríamos que entrar a sacarlos. Y así les dijimos, y que se atuvieran a las consecuencias. Y fue cuando

se abrió la puerta, ¡traq!, y una mujer empezó a gritar, por favorcito, señores, nosotras queremos salir, pero no nos maten, papacitos, mamacitas. Bien cortés la tipa.

—¡Salgan rampando! —les gritó amargo el compañero Héctor. Y después él mismo nos explicó que les había gritado así porque las tipas ponían en duda nuestra palabra. Si les estamos diciendo que vamos a respetar sus vidas, por qué tenían que dudar.

Las mujeres avanzaban por el suelo sin dejar de gimotear, papacitos no nos maten, diciendo, mamacitas, mujeres como ustedes somos, y frases parecidas.

Ahora nuestro problema eran los soldados. Reiniciaríamos el ataque. Pero ya no hubo necesidad, porque de un de repente oímos que desde el puesto de seguridad los compañeros que se encontraban con la dirección, comenzaron a emplazar en coro para que los soldados se rindan. Que si no lo hacían, no nos iba a temblar la mano para aplastarlos. Tenían dos minutos.

Ni medio minuto pasó, y los morocos comenzaron a salir, callados, cargando sus heridos, rendidos. Después, cuando nosotros mismos terminamos de sacar sus cadáveres y todos los soldados se encontraban en el patio, reducidos, el compañero Álvaro preguntó por el oficial.

—¿Quién de ustedes es el capitán Collazos? —preguntó. Y varios de nosotros cuchicheamos bajito, ¡así se llamaba el Conchesu!, ¡el Conchesu era Collazos!, ¡el Collazos era Conchesu!, riéndonos disimuladamente.

Pero nadie respondió. Así que el compañero cogió su buena linterna y fue a levantarles la cara a todos, alumbrando las caras y alumbrando una foto que era del Conchesu. Nosotros ni sabíamos que el Partido tenía una foto de él. Hasta que el compañero dijo, es usted, a un tipo trigueño, de pelo bien lacio. Pero el ladino se negó. Dijo que él sólo era un técnico que había venido del cuartel de Puquio para ver el estado de las armas.

—Técnico, ¿no? —respondió el compañero—. Ahora vamos a ver quién es el técnico acá.

De inmediato separamos a los soldados y les preguntamos en reserva, y rápido confirmaron que se trataba del capitán. Algunos incluso comenzaron a despotricar de él, que era un jijuna, un desgraciado y un tal por cual. Nosotros escuchamos nomás, y los dejamos con los compañeros a quienes el Partido había asignado para que los movilicen políticamente.

Al verse descubierta, el capitán se hundió moralmente y quedó hecho una estatua de arcilla, como sin ánimo, mirando el mundo como si ya no fuera parte de él. Lo que sí, cuando fuimos a despedirlo en su último viaje, pidió unos minutos para rezar y encareció para que sus pertenencias personales los entreguemos a uno de los soldados que era su cuñado.

En cambio a mí, la emoción que hasta ahora me dura es cuando los mandos militares nos llamaron para formar. Todo estaba listo para iniciar la retirada. Entonces, el compañero Alcides salió de la formación y nos dijo muy hermosas palabras. Dijo que todos nos habíamos comportado a la altura de las circunstancias, como lo que somos, soldados rojos del Presidente Gonzalo. También dijo que habíamos respondido al aprecio y a las esperanzas de nuestro pueblo y al de los pueblos del mundo, para quienes somos sus mejores hijos. Pero que la victoria no nos debía envanecer. Al contrario, ser más humildes y sencillos, porque al fin y al cabo todo lo que somos se lo debemos al pueblo y principalmente a la forja de nuestro Partido. Nos felicitó a todos, y dijo al final que informaría con todo detalle al Presidente Gonzalo, y que él se iba a alegrar con toda seguridad de lo que habíamos hecho. Al final, el compañero Álvaro lanzó desde la formación las consignas que respondimos pero con qué energía, como truenos de viento que estallaban y remecían la madrugada. Y ahí, a la luz de la aurora, nuestra bandera roja flameaba orgullosa en el mástil donde por algún tiempo había flameado la bandera del viejo Estado.

Yo diré por mi parte que otro instante feliz fue cuando se rindió el enemigo y el compañero Álvaro comenzó a vocear con su mejor grito: ¡Victoria!, ¡Victoria!... que era la contraseña para finalizar la acción. En ese momento qué alegría, hasta lágrimas cayeron de mis ojos por la emoción. Y todos comenzamos a pasar la voz, ¡Victoria!, ¡Victoria!, y fuimos a reunirnos en el patio, y conforme llegábamos nos abrazábamos y bailábamos, pumpín, chimaycha, huaylas, con nuestros fusiles al hombro, y nuestras mochilas también danzando sobre nuestras espaldas, qué cansancio ni qué nada, todo era "sonrisas triunfales", como dice el Presidente Mao en un poema. Y yo digo, eso tal vez sea poco, ahora cuando lleguemos al comité "Rojo Sol" la celebración será más grande, con las masas, con nuestra sal de la vida.

Desde temprano, los comisarios del comité popular abierto de "Rojo Sol" habían dispuesto redoblar la vigilancia. Apenas aparecieran los primeros hombres del batallón, todo el poblado saldría a darles recibimiento. Todas las viviendas habían sido embanderadas, al igual que las pircas del callejón de ingreso al poblado.

Los campesinos habían formado una larga fila a cada lado del callejón, y ahora que el batallón iba llegando, el lugar se iba convirtiendo en una apoteosis de efusivos abrazos, sonoras risas, sentidas felicitaciones y estruendosas hurras. Entre la masa ondulante de rojas polleras refulgían numerosos fusiles. Poco después, la encrespada masa humana comenzaba a enrumbarse hacia la plaza del poblado a desenvolver la jubilosa celebración. Los fuertes camaretazos estallaban como si por fin hubieran llegado los ecos del asalto librado la noche anterior.

*Canto Grande, enero 22 de 2007.*